



Entre las prioridades de trabajo para la nueva etapa el Consejo de Defensa Provincial ha identificado la producción de alimentos.

Lo que no puede faltar ahora es la responsabilidad

Deivy Pérez Martín, presidenta del Consejo de Defensa Provincial, llama a cumplir con disciplina y apego estricto a las normas y los protocolos las medidas aprobadas para la etapa recuperativa de la COVID-19 en Sancti Spíritus

Texto y foto: Juan Antonio Borrego

La importancia de que la población asuma con disciplina y conciencia ciudadana las medidas aprobadas para la etapa recuperativa, iniciada este jueves en la mayor parte del país, fue destacada por Deivy Pérez Martín, presidenta del Consejo de Defensa Provincial, en reunión del órgano, donde se actualizaron las principales decisiones implementadas en Sancti Spíritus para lo que se ha dado en llamar el regreso a la normalidad posible.

“Lo que no puede faltar es la responsabilidad individual”, señaló la también primera secretaria del Comité Provincial del Partido al ponderar la trascendencia del comportamiento individual para asegurar que el territorio avance sin retrocesos tanto en esta primera fase como en las sucesivas.

Un papel primordial concedió Pérez Martín a disposiciones específicas como el uso obligatorio del nasobuco para todas las personas, el mantenimiento del distanciamiento físico y el cumplimiento de las normas y los protocolos sanitarios, tanto los aprobados para el trabajo del personal de la Salud, propiamente, como aquellos que debe cumplir la población en general.

Para la etapa recién iniciada la Presidenta del Consejo de Defensa Provincial definió entre las prioridades de trabajo evitar cualquier rebrote de la enfermedad, que significaría un retroceso en la recuperación; incrementar la producción de alimentos, de forma tal que se puedan satisfacer las necesidades del pueblo, contribuir a la sustitución de importaciones

que hoy el país no puede realizar, así como fomentar las exportaciones que aseguran ingresos frescos a nuestra economía; elevar la combatividad y el enfrentamiento al delito, las ilegalidades y cualquier otra tendencia negativa y contribuir al ahorro de recursos, con mayor eficiencia y reducción de aquellos gastos que resultan innecesarios.

En otra parte de su intervención aseguró que no basta con aprobar y organizar las medidas, sino que es preciso controlar su cumplimiento y evaluar su efectividad, “de manera que podamos vencer esta etapa de trabajo y crear condiciones para seguir avanzando y proponernos nuevas metas sin renunciar a los sueños y aspiraciones que en un momento determinado nos propusimos”.

La Presidenta del Consejo de Defensa explicó que en estos meses la provincia ha enfrentado 138 eventos —aportaron 68 casos positivos—, lo cual puso a prueba la capacidad del sistema de Salud del territorio que ha actuado con organización y prontitud para enfrentar y contener la enfermedad y también la disciplina, la actitud y la colaboración de nuestro pueblo, incluidos los pacientes que declararon sus redes de contactos, lo cual permitió cortar la transmisión.

Tras recordar que Sancti Spíritus arriba a la nueva etapa luego de 40 días sin casos positivos, Deivy Pérez Martín dijo que ello no nos puede llevar a confiarnos ni a abandonar las medidas que hasta ahora hemos implementado, por lo que tenemos la responsabilidad de seguir trabajando con disciplina, rigor y exigencia para evitar retrocesos.

Cien días de una guerra

Dayamis Sotolongo Rojas

Cien días... y, acaso, par de jornadas más. Exactamente hasta este sábado han pasado 2 448 horas desde que la COVID-19 abriera fuego en esta isla, aunque el peso de los sacrificios suela enrarecer tanto el tiempo. Y Cuba no depuso ni una sola arma. Salió a la batalla minúscula como es, tercermundista como es, guerrera como es y se ha ido imponiendo únicamente luchando, desvelándose, pensando, venciendo... Ha sido, en verdad, una proeza.

Porque, todavía hoy, la COVID-19 sigue siendo un campo minado. Es el enemigo al acecho, el mismo que, aún ahora, cuando lleva tantas derrotas a costas, nos obliga a existir a su antojo, en una vida otra sin retornos posibles. Y son los nasobucos que han enseñado a sonreír con los ojos; los besos que se dan con el roce de los codos; las visitas telefónicas a los amigos; las aulas hasta en las cocinas de las casas; los juegos infantiles en solitario; el olor a cloro por todos lados; los pestillos en las puertas... Debe ser, tal vez, lo menos que podríamos esperar de esta contienda.

Han sido poco más de tres meses, pero han bastado para probarnos hasta los temores. No ha habido un día más sin el sobresalto por los que se contagian, sin la preocupación por los que se agravan, sin el dolor por los que han fallecido.

En este duelo, a la postre, hemos ido perdiendo todos: los que se quedaron con las maletas hechas

sin viajar, los novios a los que no les dio tiempo ni a firmar; los padres que tuvieron que postergar el abrazo a sus hijos; los estudiantes que soñaron recibir el título un día a teatro lleno delante de todos sus compañeros; los niños que no pudieron cambiar de pañoleta azul a roja en medio de la algarabía del matutino de la escuela.

Mas, en el bando de acá hay también ciertos triunfos cotidianos para ufanarse. Bastan las hazañas de los médicos que llevan muchas más cicatrices dentro que los aros rojizos que les han tatuado los nasobucos en los rostros luego de tantas y tantas horas. Resulta imposible sopesar todas las heroicidades.

De la noche a la mañana las escuelas se convirtieron en centros de aislamiento y las calles se inundaron, en su mayoría, de muchachos tomando temperaturas, de otros llevando medicamentos a los mayores, de muchos alcanzándole el almuerzo y la comida al señor que vive solo.

Sobre los hombros de un país ha estado el peso de muchas vidas. Se ha soportado quedamente, sin quejas ni reclamos. Ha habido, explícita, una sola petición: quédate en casa. Se ha dicho, en cambio, que los tratamientos —a veces costosísimos— han estado garantizados para las casi 3 000 personas que han enfermado, que no han faltado los medios de protección para los que han tenido que asistir a los contagiados, que no ha escaseado ni el cloro donde se vigilan los casos sospechosos, que no ha dejado de llegar ni un

día el pan a las casas de los que han estado reclusos en cuarentena. Y jamás se ha revelado cuánto esfuerzo lo respalda.

Se ha asumido estoicamente, con la misma entereza que en casa sentado en la cabecera de la mesa el padre deja el bisté más grande para el niño o el único vaso de leche del desayuno para el abuelo. Cuba ha sido siempre entonces un hogar anchísimo.

En medio de tantas balas regocija que ni 100 personas hayan muerto —aunque cada deceso duela como si fueran miles los fallecidos— y que sean tantos a los que han salvado.

Lo que ha dejado esta batalla ha sido un fuego cruzado de ciencia utilísimo para predecir los casos que posiblemente se contagiarán mañana o para arreglar los ventiladores artificiales; una balacera de preocupaciones de todos: desde las autoridades hasta el médico del consultorio; una ráfaga de solidaridad indetenible.

Ha bastado un centenar de días y algo para acorralar a la COVID-19. Todavía debemos andar en pie de guerra; pero cuando uno levanta la vista entre tiro y tiro escucha la risa del niño que ha salido del cuarto del hospital y ahora juega en casa, se asombra con el anciano que tampoco cree estar de regreso en su hogar, ve al médico que aun con aquellas ojeras negrísimas, que no disimulan ni las gafas plásticas, sigue en pie. Y, entonces, en medio del campo de batalla uno va esperanzándose, enorgulleciéndose, sin querer, del aliento de la victoria.



En los últimos meses las pesquisas activas han sido un puntal para el enfrentamiento a la COVID-19. /Foto: Delia Proenza